

XIV.

EL DESVAN.

Era una habitacion pequeña y casi desmantelada, donde habia por todo menaje dos sillas y una cama de pino. En un rincon se veia una miserable arpa que no era ya ¡ay! ni dorada ni tallada como la del salon de Penhoel.

En la cabecera de la cama, sobre una pililla de agua bendita de vidrio, pendia una estampa que representaba la Virgen.

Diana y Elena acababan de entrar. Los cuatro pasos que separaban su habitacion de la calle acababan de agotar sus fuerzas.

Elena se habia dejado caer sobre una silla. Dia-

na habia caido de rodillas delante del lecho, y su cabeza abrasada se ocultaba entre sus dos manos.

En aquel momento no habia diferencia alguna entre las dos jóvenes; el valor de Diana desaparecia al fin, y su fatiga igualaba á la de Elena.

No se hablaban. Un espeso velo cubria su confuso pensamiento. Habian dejado que se apoderase de ellas la desesperacion.

En ese momento supremo de cansancio y apatía profunda no pensaban ni aun en el encuentro que acababan de tener.

Hacia apenas dos ó tres minutos que habian visto á Blanca de Penhoel, su querida prima, y ninguna palabra habia mediado entre ellas sobre ese asunto.

No podian hablar. Y sin embargo, por consecuencia de las circunstancias que no tardaremos en conocer, Diana y Elena debian considerar la importancia de ese encuentro fortuito.

Diana y Elena no ignoraban nada de lo que habia pasado en Penhoel despues de la noche de San Luis. Sabian el robo del Angel, la espulsion de los señores del castillo, y cuanto á esto se referia.

Sabian que la Señora, destrozada por el dolor, la Señora, á quien tan tiernamente amaban en otra época, buscaba á su hija hacia dos meses, recorriendo la poblacion á la ventura, y deteniendo á los transeuntes como una pobre loca para preguntarles por su hija.

Pero hay horas en que el alma fatigada permanece sorda á toda voz.

Trascurrió media hora; luego levantó Diana la cabeza de pronto y dirigió á su hermana una mirada.

—¿Sufres? dijo.

Elena proseguía oprimiéndose el pecho con las dos manos.

No respondió.

Diana se levantó galvanizada por un impulso de cólera: la sangre subió bruscamente á sus mejillas; sacudió las rizadas masas de sus cabellos.

—¡Paris! exclamó con desgarradora amargura, Paris, que veíamos tan hermoso.... Paris, donde vamos á morir desesperadas. ¡Oh! ¡Cuántos brillantes sueños y cuántas promesas engañosas! ¿No era esto mas hermoso que el paraíso? ¡Pan, Dios mio, pan!.... ¿Será preciso castigarnos tan cruelmente por haber sido ciegas? ¡Virgen santa! ya sabeis que si hemos abandonado la casa paterna no ha sido por nosotras! ¡Virgen santa, tened piedad!.... ¡pan.... un poco de pan!....

Y se retorció con una especie de delirio. Y Elena agobiada de fatiga, no se cuidaba de nada.

Hacia dos dias que no comían.

La víspera tenían aún un pedazo de pan. Pero Marta de Penhoel, su marido y el pobre tio Juan sufrían no lejos de allí una miseria semejante. Ellos eran los que sin saberlo habían comido el último pedazo de pan de Elena y Diana.

Esta seguía sostenida por su fiebre.

—¿Por qué han de suceder estas cosas? ¿por qué

ha de dejar Dios penetrar en el corazon de dos pobres niñas tan insensatas esperanzas? ¿Era un crimen querer defender á los que amamos?.... ¡Oh! ahora que vemos nuestra locura, ¿cómo creer....

Se sonrió con amargura.

—Hermana mia, ¿recuerdas lo que veníamos á buscar á Paris? dijo; ¿sabes lo que queríamos ganar con nuestras arpas y nuestras pobres canciones? Quinientos mil francos para recobrar los bienes robados á Penhoel! ¡Quinientos mil francos!

Su cuerpo se inclinó hácia atrás, sus manos se levantaron al cielo.

—Y hemos gastado ya las monedas de seis libras del pobre Benito Haligan.... proseguía, y hemos vendido uno tras otro todos nuestros vestidos traídos de Penhoel, las cruces de oro que nuestro padre nos había dado.... todo, ¡hasta el medallón en que estaban los cabellos de nuestra madre! ¡Oh! ¡maldito seas, Paris! ¡te aborrezco!.... En pago de nuestros esfuerzos nos has dado el insulto y la miseria.... Hemos venido á buscar en tu seno la vida y nos has robado todo, implacable Paris.

Elena exhaló un débil quejido; Diana se precipitó á ella, arrodillándose á sus pies.

—¡Si supieras cuánto daño me hace esto! murmuraba Elena, retorciéndose las manos; busca, ¡oh! ¡busca, hermana mia, si queda aún algo que vender!.....

Las miradas de Diana recorrieron la estancia.

—¡Nada! murmuró desesperada; nada poseemos ya....

Y rodeó con sus brazos el cuerpo de Elena como para librarla de la fatiga que la abrumaba.

Al hacer este movimiento sintió un objeto resistente bajo la ligera tela del vestido de su hermana.

—¿Qué tienes aquí? exclamó.

Elena, despierta por esta exclamación, llevó la mano al bolsillo.

En el momento la hubiérais visto saltar alegre y reanimada.

—¡Dinerol dinerol!... exclamó. Gracias, Santa Virgen; habeis tenido piedad de nosotras.

—¡Dinerol repitió Diana admirada.

Elena abrió la mano ante la ávida mirada de su hermana.

Ambas se abrazaron.

Nadie las hubiera reconocido. Estaban en la viva alegría de sus días de felicidad. ¡Cuán lejos de ellas estaba la desesperación! Únicamente habían desesperado.

Coloreáronse sus mejillas y brillaron sus ojos.

Estaban bellas como otras veces, cuando el placer animaba sus graciosas fisonomías en el salón de césped de Penhoel.

¡Qué tesoro para ellas, que habían ido á París á buscar quinientos mil francos con objeto de recobrar el castillo! Tres cuartos deslizados en el bolsillo de Elena por el pobre soldado breton.... Un buen pedazo de pan.

Pobre soldado, páguetelo Dios. ¡Ojalá puedas cuando vuelvas á tu país hallar á tu prometida fiel y encontrar abiertos los brazos de tu anciana madre!

Elena bajó la escalera cuatro á cuatro peldaños. Diana estaba sola.

Permaneció inmóvil un momento; luego como si se hubiese despertado en ella un recuerdo repentinamente, traspuso á su vez la puerta.

La viva alegría que un momento antes respiraba su rostro, dió paso á un grave recogimiento.

Subió un piso, luego dos. Hallábase en un estrecho descansillo cubierto de polvo, y en el cual se abría la puerta de un desvan vacío.

Entró en ese desvan cuyo respiradero daba paso al frío viento de la noche y á los rayos de la luna.

Una puerta llena de rendijas y agujeros se hallaba enfrente de la puerta de entrada.

Diana se acercó andando de puntillas.

Acercó su rostro á las tablas, mirando por una de las anchas y numerosas rendijas.

Mas allá había un segundo desvan semejante casi al primero, pero con la diferencia de estar habitado.

No había sillas, solo un jergon en el suelo, donde yacía un anciano pálido como la muerte. Una miseria espantosa, aterradora, cerca de la cual la desnudez de la habitación de las dos hermanas era casi opulencia.

En otro lado del cuarto estaba un hombre como estupefacto sentado en un tarugo de madera, te-

niendo á su lado una botella que parecia estar vacia. Su traje estaba desgarrado; su barba y cabellos grises se confundian. Apoyaba sus dos codos en sus enflaquecidas mejillas, y las manos sobre la cabeza. Al otro estremo de la miserable habitacion estaba sentada en el suelo una mujer; sus negros y destrenzados cabellos rodeaban su rostro, que tenia la blancura y la inmovilidad del mármol. Miraba al frente con ojos distraidos. Veíase en sus regulares facciones tan punzante dolor, que al verla se desgarraba el corazon.

El anciano acostado en el jergon era maese Geraud, antiguo posadero del Carnero Coronado, la mujer apoyada en el suelo Marta, el hombre de barba gris sentado en el tarugo de madera se llamaba René, vizconde de Penhoel.

El tiempo habia hecho de la puerta una verdadera claraboya; tanto impedia oír como ver. Diana y Elena iban allí diariamente una vez cuando menos.

No se descubrian porque se hubiesen visto obligadas á confesar que ellas, hijas de Penhoel, tenian el oficio de cantoras, porque tal vez las hubiera detenido, siéndoles preciso renunciar á sus quiméricas esperanzas. Pero se sentian menos solas y menos abandonadas cuando habian hecho su piadosa visita á los señores del castillo.

Estas visitas eran entonces otra cosa que un culto estéril. Los Penhoel vivian allí desde dos me-

ses á pesar de hallarse desprovistos de recursos, vivian únicamente gracias á las dos jóvenes.

La desgracia parece encarnizarse con los vencidos. El pobre posadero de Redon habia abandonado todo por seguir á sus antiguos señores y para servirlos.

Habíase dicho: "Trabajaré; en ese gran Paris encontraré trabajo." Pero en lugar de haber ido á socorrer á la familia habia ido á hacerse gravoso, porque maese Geraud habia caido enfermo por el excesivo trabajo desde las primeras semanas sin que hubiera podido levantarse.

Por lo que hace al buen tio Juan, habia ocultado su cruz de San Luis y pasaba los dias recorriendo la ciudad, pidiendo por todas partes trabajo, no importa cuál, sin poder encontrarlo en ninguna parte.

Marta y su marido no intentaban esto. Marta se encorvaba bajo el peso de un dolor de madre. No tenia ni voluntad ni fuerza. A veces permanecia tendida en el polvo desde la mañana á la noche en el sitio en que la acabamos de ver, sin moverse ni hablar. Otras veces salia furtivamente con el alba. Era para ir lejos, al Paris desconocido, tan lejos como sus débiles piernas podian sostenerla y llevarla; era con el objeto de buscar á su hija.

Las gentes del barrio la consideraban loca.

René bebia cuanto podia. Desde que ya no tenia que beber caia en una silenciosa apatía.

Pasaban las semanas sin que saliera de sus labios una palabra.

Todas las noches abandonaba su asiento yendo á disputar al anciano Geraud, enfermo, una parte de su jergon.

Marta y el tío Juan dormían en el suelo.

Mientras Elena y Diana habían tenido dinero, habían hecho pasar su ofrenda diariamente por los agujeros de la puerta. Despues habia sido solo pan, el pan de que ellas se privaban.

Tal era la atonía profunda en que se abismaban los pobres huéspedes del granero, que no pensaban en buscar el origen de esta misteriosa limosna. Penhoel se lanzaba sobre el pan como una bestia hambrienta, lo que dejaba prolongada la agonía de su mujer y de maese Geraud.

El tío Juan no sabia cómo vivía. Nunca pedía á sus compañeros su parte.

Cuando llegaba la ofrenda á la hora ordinario, se elevaba á veces la voz de la Señora para bendecir al invisible bienhechor. Entonces las dos jóvenes besaban llorando la puerta que las separaba de Marta.

Su corazón palpitaba con fuerza porque no habían perdido nada de aquella ardiente ternura que antes profesaban á Marta. Veíanse obligadas á huir para no precipitarse en sus brazos y echarse á sus rodillas.

El silencio reinaba casi siempre en la triste merada, un silencio lúgubre, interrumpido únicamente

por los quejidos del enfermo. Sin embargo, á veces por la tarde hablaba Marta con el tío Juan. En esas ocasiones se acercaba á la puerta para alejarse de su marido. De este modo era como Elena y Diana habían sabido los asuntos de Penhoel. Conocían en sus mas pequeños detalles la monótona historia del destierro, los pesares amargos, las esperanzas perdidas, el largo tormento.

Conocían tambien el término fatal despues del cual seria mas imposible entrar en la posesion del castillo.

Pero las pobres niñas habían perdido sus locas ilusiones. ¿Qué importaba entonces el término?

Diana estaba detrás de la puerta mirando, con el corazón oprimido por aquella escena de muda y silenciosa desolacion.

Una puerta que se encontraba al pié del jergon se abrió girando sobre sus goznes, y la blanca cabeza del anciano Juan de Penhoel se dejó ver en el dintel.

Estaba menos cambiado que los demás. Era siempre aquel rostro venerable y dulce hasta la debilidad. Llevaba el mismo traje que en otra época; únicamente su chaqueton de aldeano estaba muy gastado, y la cinta de San Luis no pendía ya de su botonadura.

Atravesó el desvan con paso lento. El ruido de sus albarcas se apagaba en el espeso polvo.

—Buenas noches, sobrino mio, dijo tendiendo la mano á René.

René fijó en él una mirada estúpida.

—¡Buenas noches!... murmuró; no tengo aguardiente.

Y señaló con el dedo la botella vacía que estaba á su lado.

El tío Juan hizo como si no hubiera oído, acercándose al lecho del enfermo.

Penhoel murmuraba entre dientes:

—Los dos me han puesto así... los dos, mi hermano y mi mujer.

—Y bien, mi anciano Gerand, dijo el tío, ¿cómo os sentís esta noche?

Gerand hizo un esfuerzo para incorporarse.

—¡Que Dios os bendiga, Juan de Penhoel replicó con voz muy débil; tengo una calentura muy fuerte. ¡Ahl si me muriera sería mejor, porque en mucho tiempo no podré trabajar.

—Os curareis pronto, mi buen amigo, y entonces gozaremos de dias mas felices.

—No lo sé, dijo el anciano posadero; no lo sé, Mr. Juan. Estoy muy enfermo y no soy nada joven. Si el buen Dios quisiese al menos que viera únicamente al hijo de nuestro comandante y á nuestra pobre señora sacados de este infierno no experimentaríá ningun dolor ni pesar al morir. Pero esto se prolonga y yo no hago mas que robarles diariamente la mitad de su pan.

Y dejó caer la cabeza en la almohada. El tío de las albarcas se dirigió hácia el rincon en que la señora estaba sentada. Inclínose hácia ella y tomó

su mano, en que estampó un beso. En este movimiento se advertía un resto de esa gracia noble cuyo secreto únicamente poseen los verdaderos caballeros.

Esto formaba un penoso contraste con la miseria que se advertía en el desvan.

—Buenas noches, Marta, dijo el anciano dulcemente.

Ella respondió con un movimiento de cabeza.

—Pobre hija mía, replicó el tío, me parece que estais aún mas pálida que ayer noche.

Marta procuró sonreír.

—¡Dios mio, Dios mio! replicó el tío, cuyos grandes ojos azules se levantaban al cielo con dolorosa resignacion; he hecho cuanto ha estado de mi parte. Mis cabellos blancos son lo que los detienen. Me complazco en decirles: ¿quereis mis brazos? a h soy vigoroso, y me responden: anciano, ya es tiempo de que descanséis. ¡Descansar! Cuando sufre mi pobre y querida Marta...

Enjugó su frente, en que brillaban algunas gotas de sudor.

—Estoy muy cansado, hija mia, dijo. Paris es muy grande, y durante todo el dia no he tenido un solo momento de reposo. ¿Puedo decir acaso á cuántas puertas he llamado? Sin embargo, donde me presentaba decia: Dadme trabajo; no pido mas que trabajo, haré lo que querais...

—¡Pobre padre! pensaba Diana, que escuchaba con las lágrimas en los ojos.

—Tampoco exijo una retribucion crecida, proseguia Juan de Penhoel; cuando haya trabajado me dareis lo que querais. La puerta se cerraba antes de que hubiese terminado.... ó bien me preguntaban:

—Buen hombre, ¿qué sabeis hacer?

—¡Dios miol en otra época sabia montar á caballo, llevar el mosquete y manejar la espada.

Nunca me he visto obligado á aprender otro oficio, gracias al pan que me daba Penhoel.

Y ahora que Penhoel no tiene pan no puedo dárselo yo! Les respondia: Sé cavar la tierra de los jardines, llevar cargas y barrer las cuadras. Tened piedad. Haced de mí el eriado de vuestros criados.

—¡No, no!... siempre la misma palabra. En este inmenso Paris, donde se prodiga tanto oro, cuando es uno pobre y se tienen blancos los cabellos, es preciso tenderse en el suelo y esperar la llegada de la muerte.

Diana tenia el oido pegado á la puerta; estaba sollozando.

Marta de Penhoel permanecia fria y aparentaba escuchar apenas el sentido de estas dolorosas palabras.

El tio Juan se sentó á su lado y tomó sus manos, que estrechó con ternura entre las suyas.

—Y sin embargo, prosiguió asomando á sus labios la melancólica sonrisa, he hecho mal en murmurar hoy, porque Dios me ha enviado una espe-

ranza. ¡Marta.... mi pequeña Marta! si el pobre anciano pudiera socorreros!

Bajó la voz como para hacer una confidencia.

—Escuchad, prosiguió; creo que desde ahora no seremos desgraciados por mucho tiempo. Al volver esta tarde rendido de fatiga y con el desaliento en el fondo del alma, he oido por las ventanas de un piso bajo un ruido muy conocido á mis oidos.... floretes que se chocaban, y el golpe de la zapatilla chocando contra el suelo. Otra vez, en el tiempo de mi juventud, era yo, mi querida Marta, un gran tirador; yo era el que enseñaba á nuestro Luis, la hoja mas fuerte de la Bretaña.

A este nombre de Luis la mirada fija de Marta brilló de repente fugitivamente.

Juan de Penhoel continuó sin advertirlo:

—¡Qué bien se ponía en guardia! Parece que lo estoy viendo ahora mismo firme, vivo al ataque y pronto á la parada ó al quite. ¡Oh! habia llegado á hacerse mas diestro que su maestro.... Pero hablemos de nosotros, Marta. Penetré en la sala. Habia en ella como unas veinte personas dando la accion y tirando asaltos. Yo, que he visto á San Jorge, Fabian y La Bossiere, puedo decir esto; ya no se tira como antes.... se han perdido las buenas maneras.

Su hermosa sonrisa respiraba alguna ironía.

—Ciertamente, exclamó arrastrado por una distraccion repentina; esos bellos caballeros de ahora son increíbles. Si los vieses, Marta, saludar negli-

gentemente y tirar los primeros golpes con cierta indiferencia, os causaría lástima, hija mía. ¡Sin ninguna gracia! una postura torpe y al mismo tiempo provocativa. Al verlos moverse con tan poca destreza, con tanta escasez de reglas, casi siempre descubiertos y fuera de la línea, se podría decir que eran unos cuantos mancebos de tienda que se estaban peleando con las varas de medir.

El tío de las albarcas se sonrió.

Luego se puso grave.

—¿A qué viene hablar ahora de todo esto? ¿Debo yo censurar, yo, que pido limosna? Me acerqué al maestro.... al *profesor*, como ahora se le llama, y le dije reuniendo todo mi valor....

—Caballero, ¿necesitais un ayudante para vuestra sala?

El profesor me dirigió una mirada desdeñosa.

—¿Se tiraban las armas en tiempo del diluvio? me preguntó.

¡Siempre mis desgraciados cabellos blancos!

—Ya sé que el arte ha hecho progresos, le dije, y bajo vuestra acertada dirección....

—Anciano, á vuestra edad nada se aprende.

—Es que tengo gran necesidad....

—¿Y qué me importa?

Marchábame tristemente cuando se arrepintió por fortuna.

—Vamos, dijo, no me gusta despedir de ese modo á los pobres diablos. Necesito una persona para barrer la sala, limpiar los floretes, poner los boto-

nes y arreglarlo todo. Veinte francos al mes, anciano; ¿os acomoda?

—¡Si me acomodaba eso, mi pobre Marta.... ¡veinte francos al mes!.... ¡Cuántas gracias le he dado!.... y dentro de ocho días comienzo á llenar mis funciones. ¿Oyes, hija mía? No nos resta ya mas que una semana de miseria!

El pobre tío Juan replicó, viendo que Marta no contestaba:

—Y bien, ¿no me decís nada?

Marta movió la cabeza.

—¡Ocho días! murmuró en tono tan bajo que Diana apenas pudo oír á través de la puerta; ¡es mucho, es demasiado tiempo!

Y como el tío Juan la interrogase con la mirada, añadió:

—La mano que nos daba un pedazo de pan ha debido cansarse....

No acabó su pensamiento, pero sus dos manos tocaron su pecho con ese movimiento de que antes hemos hablado. Funesta pantomima, señal de agonia que todo el mundo comprende.

La cabeza del anciano se inclinó hácia tierra.

Diana no había oído estas últimas palabras; pero había visto los gestos de Marta y esto bastaba.

Se precipitó trémula de emoción. En tres saltos llegó á su habitación, donde Elena entraba en ese momento casi sin aliento.

Elena, alegre y consolada, mordía el gran pedazo de pan que llevaba.

—¡Arriba sufren! dijo Diana; la Señora tiene hambre.

Los dientes de Elena, que acababan de romper ávidamente la corteza retostada del pan, soltaron inmediatamente.

—¡Y yo que no pensaba! exclamó; ¡pronto, hermana mía! Felizmente no les he quitado mas que un solo bocado.

Volvierón á subir ligeras como dos sílfides los peldaños de los dos últimos pisos, y un momento despues se deslizaba el pan por el agujero de la madera, cayendo en el suelo empolvado del desvan.

Marta exhaló un grito de consuelo.

Las dos jóvenes la miraban comer.

Ambas sonreían.

—¡Hermana mía! decía Elena; al ver eso no se tiene hambre.



XV.

MADAMA COCARDE.

Cinco minutos hacia que Diana y Elena habían entrado de nuevo en su habitación, cuya puerta permanecía entreabierta. Estaban arrodilladas al lado una de otra delante de la Santa Virgen pendiente del muro. Ambas rezaban su oración de noche.

Quando hubieron acabado de recitar con recogimiento la serie de oraciones que el uso católico reúne en su piadoso conjunto para consagrar las horas al sueño, añadió Diana con tono sencillo que revelaba la costumbre diaria:

—Santa María, Madre de Dios, intercede con tu